



www.loqueleo.com/es

© 2007, Carlos Peramo

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
www.silviabastos.com

© 2007, Mikel Valverde

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-019-0

Depósito legal: M-37.575-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: diciembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La bicicleta es mía

Carlos Peramo

Ilustraciones de Mikel Valverde

loquele_o

*Para ti, Amanda,
bienvenida a la familia.
Ahora ya puedes decir
que la bicicleta es tuya.*

también diera ochenta y uno. ¿No te parece interesante?

También me gustaba escribir mi nombre en mis cosas, ir al fútbol con mi padre los sábados por la tarde y las judías verdes que cocinaba mi madre. Nadie me creía cuando decía
10 que las judías verdes eran mi plato preferido. Y si encima decía lo de las matemáticas, pues peor. Me contestaban que era mentira, que no había ningún niño en el mundo que disfrutara con las matemáticas y con las judías verdes.

Y las dos cosas que menos me gustaban eran las mentiras y tener que jugar solo a la pelota. Por eso os voy a contar lo que me pasó cuando un día me di de narices con una mentira de las gordas.

Todo empezó cuando yo estaba a punto de cumplir once años y el viejo Canabaro colocó una bicicleta chulísima en el escaparate de su tienda. La tienda de bicicletas del vie-



niku kade/07

jo Canabaro se llamaba Manillares y Pedales y estaba en la calle donde yo vivía. Cuando vi la bici por primera vez me quedé alucinado. Estuve por lo menos cinco minutos sin poder apartarme del cristal del escaparate. ¡Era una bici increíble!

12 A partir de ese día, al volver cada tarde del colegio y antes de subir a casa, me paraba frente al escaparate de la tienda a contemplar la bicicleta. Me imaginaba montado en ella, pedaleando a toda velocidad por las calles del barrio. De repente, aquella bici me gustaba tanto como las matemáticas y las judías verdes. O más.

Pero la tarde que realmente empezaron a pasarme cosas fue la del martes dieciocho de febrero, cuando yo ya llevaba casi dos semanas pegando la nariz al escaparate del viejo Canabaro y pensando sin parar de qué manera podía ser mía aquella bici.

Aquel martes dieciocho de febrero, cuando me quedaban cincuenta metros para llegar al portal de mi edificio, eché a correr como cada tarde, dejé atrás los contenedores de basura de la esquina, pasé por delante de la casa de Néstor Lembó y llegué a la tienda Manillares y Pedales casi sin respiración. Me planté como siempre frente al escaparate y allí, en primera fila, reluciente como el sol, estaba la maravilla de las maravillas, la bicicleta de las bicicletas.

13

—Es chulísima —murmuré.

Me gustaba decir que era chulísima porque al decirlo me parecía aún más chula. Yo nunca había tenido una bicicleta, solo un triciclo cuando fui pequeño. Había tenido que aprender a montar en las bicis de mis amigos o en las de los compañeros de clase cuando me las dejaban.

—Te gusta, ¿eh?

Me aparté del escaparate. El viejo Canabaro había salido de la tienda y me miraba con una sonrisa, se estaba limpiando las manos con un trapo sucio de grasa. Era la primera vez que salía desde que yo miraba su escaparate.

14

—Sí —añadió; hacía tanto frío que le salía vaho de la boca—, tiene que gustarte mucho para venir a mirarla cada tarde. Es una Mondraker Ventura de ocho marchas, estructura de aluminio y frenos V-Brake Tektro. Una primicia mundial, chico. Seguro que ninguno de tus amigos tiene una bici como esta.

La sonrisa del viejo Canabaro se ensanchó. Canabaro tenía setenta y ocho años, era delgado como un cepillo de dientes y tan alto que rozaba el marco de la puerta con los cuatro pelos tiesos que le salían de la cabeza. Su tienda Manillares y Pedales estaba allí desde 1967, al menos eso decía el letre-

ro. Si había alguien en el pueblo que sabía de bicicletas, ese era el viejo Canabaro.

—Tú eres el hijo de Rodríguez, ¿verdad?
—preguntó mirándome más fijamente.

—Sí.

—¿Por qué no le dices a tu padre que te la compre?

15

Miré de nuevo hacia el escaparate. La bicicleta, o la Mondraker Ventura, como había dicho el viejo Canabaro, era roja brillante como un camión de bomberos, excepto el manillar, que era negro. Lo de pedirle a mis padres que me la compraran ya se me había pasado por la cabeza, pero habrían dicho que era muy cara, sobre todo mi padre, para quien todo era muy caro.

Le dije adiós al viejo Canabaro y me fui corriendo a casa. Pulsé el timbre del portero automático y subí las escaleras a la carrera. Vivía en un cuarto segunda y desde mi balcón se veían todos los tejados del pueblo, o

casi todos, porque mi pueblo era Sant Feliu de Llobregat y tenía cuarenta mil habitantes. Mis padres decían que teníamos una vista preciosa desde el balcón. A mí me hubiese gustado más que se viese el mar, por ejemplo, aunque eso hubiese sido imposible del todo, ya que Sant Feliu de Llobregat no tenía mar. Alguna vez se lo había dicho a mis padres, y mi padre me había contestado enseguida que los pisos que daban al mar eran muy caros y que los muebles se estropeaban antes.

Al llegar a casa le di un beso a mi madre, fui a buscar la merienda a la cocina y me metí en mi habitación. Cogí la caja de Spiderman donde guardo los euros de mi paga semanal y los conté.

—Cuarenta y dos euros con sesenta y tres céntimos —dije al terminar.

La bicicleta costaba cuatrocientos doce euros, así que me faltaban... Cogí un folio de la impresora y un lápiz. ¡Jo, tío, era una resta chupada!

—Trescientos sesenta y nueve euros con treinta y siete céntimos.

Era imposible que pudiera comprármela con mis ahorros. Y mi paga era de tres euros a la semana, tardaría meses y meses en tener el dinero. Me arrepentí de haberme comprado tantas cosas estúpidas, como aquellos animales de goma o los minicoches de carreras. Si no me hubiese gastado ni un euro desde que me daban la paga, ahora tendría los cuatrocientos doce euros y habría podido comprarme la bici yo solo.

17

* * *

Salí a jugar un rato a la calle y me encontré con Néstor Lembó. Néstor Lembó tenía diez años como yo y también iba a mi clase. Era el único de la calle que vivía en una casa con jardín. A mí Néstor Lembó me caía bastante bien, pero me caía mal cuando empezaba a presu-

mir de los juguetes que le compraba su padre, que era director de un banco y que, según Néstor, ganaba más dinero que nadie del barrio.

—Te he visto mirando la bicicleta, Daniel —me dijo cuando llegué a su lado—. ¿Le vas a decir a tu padre que te la compre?

18

—No.

Néstor estaba jugando con un coche tele-dirigido que tenía forma de tiburón.

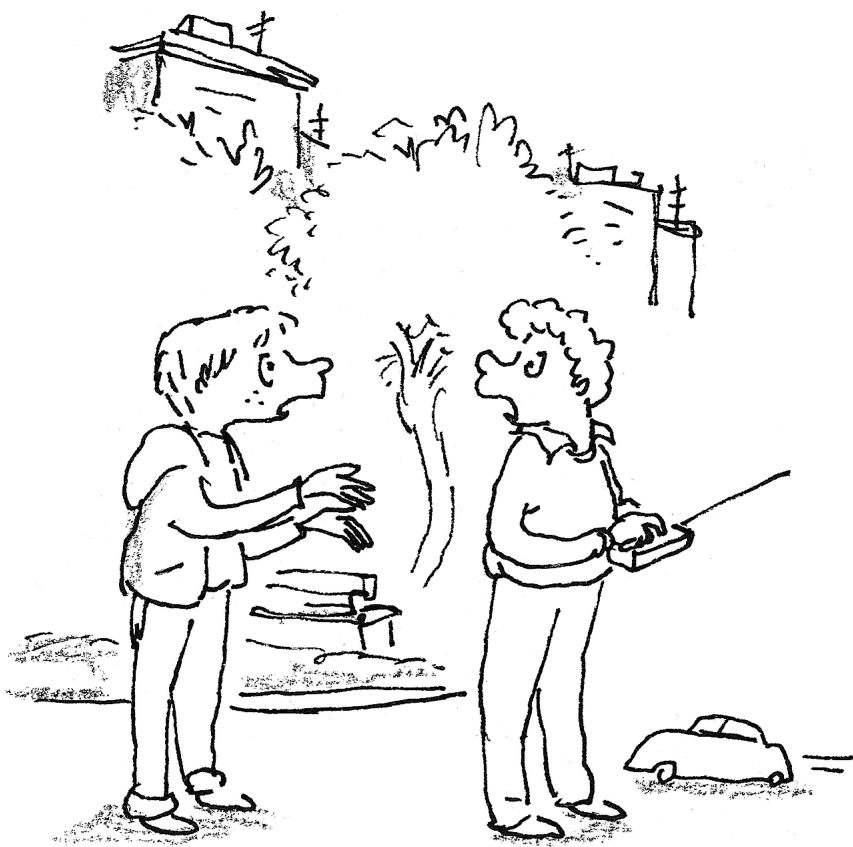
—¿Te gusta mi coche? —preguntó—. Me lo ha traído mi padre de su viaje de negocios a Alemania. ¿Tu padre ha estado en Alemania de viaje de negocios?

—Sí.

—¡Qué mentiroso eres, tío! —rio sin dejar de conducir el coche-tiburón por la acera.

—¡Y tú qué! —exclamé enfadado.

Pero Néstor tenía razón. Mi padre trabajaba en un taller mecánico del polígono Matacás y todo el trabajo lo hacía allí. Como



~ ku behode 02

mucho iba a Barcelona a buscar piezas de recambio, pero Barcelona solo estaba a doce kilómetros del polígono, así que no era lo mismo que ir a Alemania.

20 —Yo sé que tu padre trabaja en un taller porque me lo ha dicho mi padre —dijo Néstor—. Y también me ha dicho que tu padre no tiene dinero para comprarte la bici de Manillares y Pedales.

—¡Sí que lo tiene! —exclamé—. ¡Lo que pasa es que a mí esa bici me da igual! ¡No me gustan las bicis!

—Claro. A ti solo te gustan las mates y las judías verdes, ¿no?

—¡Déjame en paz! —le grité alejándome de él.

Néstor detuvo el coche-tiburón junto al bordillo, lo cogió y me persiguió por la acera.

—Venga, tío —dijo—, no te enfades, que lo decía de broma.

Nos sentamos sobre la valla del solar vacío donde a veces entrábamos a perseguir gatos. Néstor tenía una de sus tardes malas, estaba especialmente pesado, pero me quedé porque aún no me apetecía subir a casa.

Al cabo de un rato de estar allí sentados, Néstor dijo: 21

—¿Te gustaría jugar con mi coche teledirigido?

El coche-tiburón era chulísimo, sobre todo la boca abierta y los dientes puntiagudos. Yo también tenía en casa un coche teledirigido, pero era un *jeep* pequeño que apenas corría. El coche-tiburón de Néstor era mucho más espectacular.

—Bueno.

—Te lo dejo si me haces los deberes de mates.

Salté al suelo.

—No voy a hacerte los deberes de Matemáticas —dije.

—¿Por qué?

—¡Porque si te los hago yo, no puedes decir que los has hecho tú, jolín! —me enfadé.

22 —¿Y por qué no?

—¡Porque es una mentira, tío!

—¿Y qué? —se desesperaba Néstor.

—¡Pues que es una mentira y basta!

—¡Voy a suspender, Daniel! —exclamó Néstor saltando también al suelo—. ¡No me salen esas divisiones ni esas multiplicaciones ni nada que tenga números! ¡Si no me ayudas voy a suspender! ¡Y mi padre no soporta que suspenda mates! ¡Dice que lo hago a propósito y que así nunca seré un banquero como Dios manda!

Quise irme y me agarró del brazo.

—¡Por favor, Daniel! —insistió.

—¡Déjame en paz! —exclamé dando un tirón y zafándome de su mano.

—¡Eres un idiota!

Me alejé corriendo, pasé por delante de Manillares y Pedales sin querer mirar el escaparate y entré en mi edificio. ¡Qué morro tenía Néstor!

23

* * *

A la hora de la cena, cuando estábamos comiéndonos el postre, miré a mi padre y le pregunté:

—Papá, ¿tú y mamá tenéis cuatrocientos doce euros en el banco?

Mi padre dejó de comer el flan, miró a mi madre y los dos se echaron a reír.

—¿A qué viene esa pregunta? —dijo mi padre.

—¿Los tenéis o no?

—Bueno —sonrió él—, la verdad es que tenemos algo más que cuatrocientos doce euros. Pero en cuanto paguemos la hipoteca de este mes y los demás recibos, nos quedaremos de nuevo a cero hasta que yo vuelva a cobrar.

24 Bajé la cabeza y miré cómo asomaba ya el caramelo del flan desde el fondo de la tarrina.

—¿Por qué lo preguntas, hijo? —quiso saber mi madre.

—Por nada —contesté sin mirarla.

—No me lo creo —dijo ella—. Tú nunca preguntas las cosas por nada.

Tragué saliva.

—Es por la bicicleta —murmuré.

—¿La bicicleta? —dijo mi madre—. ¿Qué bicicleta?

—La bicicleta de Manillares y Pedales.

Levanté la cabeza y vi cómo mis padres se miraban en silencio.

—Y esos cuatrocientos doce euros... —dijo mi padre poniendo esa cara que pone cuando está adivinando algo—, ¿es el precio de la bicicleta?

—Sí —respondí.

—Pues ya puede ser buena, ya —añadió él—. Cuatrocientos doce euros es casi como la hipoteca del piso.

25

No dije nada más y mis padres se pusieron a hablar de otra cosa.